

RIENZI,

6

EL ÚLTIMO TRIBUNO.

—Oyeme, alma de mi vida, vida de mi alma! exclamó Irene con voz apasionada. Temo que nos veamos á la sazón al borde de un abismo, cuya profundidad no alcanzo, aunque puede separarnos para siempre. Bien conoces la verdadera índole de mi hermano; tú no le has tenido en poco como le tienen otros. Por largo tiempo ha concebido planes en su mente y ha preparado las vías de conseguir algún alto designio entre el pueblo. Ahora... mas supongo que no tratarás de venderle, ni de hacerle daño, pues es tu amigo.

—A tu hermano! Perdería con gusto mi existencia por salvar la suya. Prosigue.

—Ahora, añadió la jóven, se acerca con rapidez el instante en que debe estallar la mina, cualquiera que sea el objeto de la empresa. Ignoro de todo punto lo que se pretende: solo sé que el golpe va dirigido contra los nobles, contra tu raza, y hasta contra tu familia. Si el proyecto no aborta ni tú mismo, tierno Adriano, estarás libre de peligro, y mi nombre irá unido al de tus adversarios. Si se malograre, mi noble hermano es hombre perdido. Sucumbirá como víctima de la venganza ó de la injusticia, según queráis llamarla. Acaso tu deudo sea su juez, su verdugo; y aun cuando yo sobreviviere para llorar sobre la gloria de mi humilde linaje, ¿me sería lícito ver y amar á un hombre por cuyas venas circulase la sangre de su asesino? ¡Oh cuán infeliz soy, cuán desdichada! Estos tristes presentimientos me trastornan el juicio. Y retorciéndose las manos vertía Irene amargas lágrimas.

También le asustó á Adriano el lamentable cuadro cuyo bosquejo le hacia su amada, aun cuando ya se hubiese ofrecido á su imaginación, si bien bajo colores mas confusos. Además, como no veía que los planes de Rienzi se apoyasen en ningún poder material, y como no había sido testigo de ninguna revolución moral, ni aun siquiera sospechaba que un levantamiento, promovido entre la plebe, fuese susceptible de resultados importantes y duraderos. Respecto á la peca en que incurriese el hermano de Irene en caso de salir infructuosa su tentativa de sedición, esperaba Adriano tener por sí mismo la suficiente influencia para salvarle en una ciudad, donde era esclava del interés personal la justicia. Sosegado el jóven con estas ideas procuró consolar á Irene, aunque no lo consiguió del todo. Impelida por sus temores hácia esa consideración de su porvenir, en que hasta entonces no había meditado, apareció la jóven sorda por la vez primera al acento de su amante.

—¡Ay de mí! exclamó; aunque los sucesos tomáran otro giro mas favorable ¿cuál sería el término de este amor que tan imprudentemente hemos alimentado en nuestros corazones? Tú no puedes ser esposo de una plebeya. ¡Cuánta ha sido mi locura!

—Si así lo crees, Irene, vuelve en tu acuerdo, dijo Adriano con cierto orgullo inspirado tal vez por su despacho, ó mas bien dictado por su experiencia del corazón de las mujeres. Ama á otro, haz una elección mas acertada, si tal es tu gusto; olvida tus compromisos con mi persona: continua creyendo que es el amor criminal y la felicidad extravagante.

—¡Cruel! exclamó Irene sobresaltada. ¿Hablas lo que sientes?

—Antes que te responda contéstame tú á otra pregunta. Si nuestro amor nos condujese á la angustia, á la muerte, á una vida de amarga tristeza ¿te arrepentirías de haberme amado? Si contestas de un modo afirmativo desconoces el amor que te profeso.

—¡Nunca, jamás puedo arrepentirme! dijo la hermosa Irene ciñendo con sus brazos el cuello del jóven.

—Dime, repuso Adriano despues de aquella insignificante querrela de amor y de reconciliación tan dulce, ¿advertiste de cierto tanta diferencia entre la conducta pasada y presente de tu hermano? ¿En qué conoces que se aproxima el tiempo de que las palabras se tornen obras?

—Lo conozco en que ahora pasa noches enteras encerrado con gentes de todas clases: no abre un libro; y cuando está solo se pasea en su aposento hablando consigo propio. A veces se para delante del calendario que clavó en la pared por su mano en estos últimos dias; y corre con su dedo índice las letras hasta que llega á una fecha convenida: entonces acaricia su espada y se sonríe. Estas dos noches pasadas trageron á casa gran número de armas; y el gefe de los que las conducian, formidable coloso bien conocido entre el pueblo, me dijo enjugándose la frente: «No tardarán estas armas en hacer su oficio.»

—¡Armas! ¿estais segura de ello? preguntó Adriano con ansiedad notoria. De modo que esos planes tienen mas importancia de lo que yo creía. Mas como observase las tímidas miradas de Irene: mientras así se esplicaba cambió de tono y añadió con mas ligereza. Suceda lo que sucediere, créeme, hermosa y querida Irene: mientras tu hermano respire no sufrirá los efectos de la cólera que haya provocado; y yo nunca dejaré de amarte, aun cuando él se olvide de nuestra antigua amistad.»

—¡Señora, señora! ¡Hija mía! ¡Ya es hora de retirarnos! gritaba Benedetta con su voz aguda, avanzando á traves de los matorrales. Por este camino vuelven los trabajadores de sus faenas y ya los veo acercarse.

Separáronse los amantes: por primera vez había penetrado la serpiente en su paraíso: sobre objetos bien distintos de su amor habían girado su conversación y sus pensamientos.

(Continuará)

EL CUERPO DE GUARDIA.

ESCENAS COMICO-SOLDADESCAS.

Cabo. Gustais?

Ventura. Un napoleon al seis.—¿Qué hago yo viéndome apurado? ... el teniente estaba delante.... (Hace á lo vivo lo que dice.) Me levanto decidido á saltar el foso.... bajo la cabeza, y como si fuera un carnero....—Malo! se ha vuelto judía!—embisto con todas mis fuerzas.... (Derriba al sargento y al cabo, que al caer suelta la baraja, levántandose y cogiendo sus diez y nueve reales.) ¡Pobre napoleon mio, si yo no supiera ingeniarme!

Valdés. Vaya un modo singular de contar las cosas!

(El sargento y el cabo se levantan, echando por aquella boca lo que Dios sabe y yo callo; se limpian la ropa, y el último recoge con calma los naipes, que al caer fueron cada uno por su lado. Todos vuelven á ocupar sus puestos, como si nada hubiera pasado.)

Sargento. ¡Teniente! soy por ventura yo el teniente?

Ventura. Perdona V., mi sargento.... en acordándose del caso, ya se sabe, pierdo los estribos y no sé lo que me hago. ¡Eran aquellos muchos palos! ¿Se ha lastimado V.? ¿y V., cabo de mi alma?

Cabo. El bolsillo no ha salido muy bien librado....

Ventura. Lo siento sobremanera.

Sargento. Da gracias á Dios...

Ventura. Amigos ¿no es verdad?... Oh! no hay un sargento mejor en media España!

Cabo. Ni mayor pillito que tú en la otra media.... Perder yo de ganar un par de duros!

Ventura. No crea V. en brujas.

Cabo. Pero creo en judias cuando llega el caso. Eres un tramposo como una loma.

Ventura. Muchas gracias; tiene V. un modo de adular tan salado!...

Sargento. Quiera Dios que llegue el teniente....

Ventura. Agradezco la intencion; pero lo que es por hoy no lo verán sus ojos, sobre todo estando el insigne Valdés á la puerta. Aquí traigo además otro libro de buena crianza, y ya que Vd. me lo recuerda, lo sacaré del bolsillo: el buen militar puede ser vencido, porque esto va en fortunas; pero cogido en sorpresa! fuera para él un borron tamaño como la cuesta de Naranco. En cuanto llegue... oros son triunfos: se hace un cambio de naipes, y nos quedamos cuatro jugadores de brisca que no hay mas que desear.

Valdés. Cabo de guardia!.... Ronda mayor.

(A esta voz se levantan todos, despues de recoger las barajas y la luz, y se dirigen á tomar las armas. El sargento llama á los que duermen, y el cabo se acerca á Valdés, como dudando.)

Cabo. Quién diablos viene á estas horas?

Valdés. La novia del sargento.... pero chit.

Elisa. (En la calle.) Centinela, se puede entrar?

Cabo. Avance la nombrada á rendir el santo y seña.

Sargento. Qué hace V., hombre de Dios! (Se le acerca.)

Cabo. Toma! recibir la ronda.

Sargento. Desde la puerta, sin escolta y sabiendo que á mí me corresponde..?

Valdés. (A Elisa) Atrás! que sino, calo bayoneta y doy un ataque brusco. (A parte) ¡Huy! Dios me lo perdone, y que garita tan preciosa para una noche de mal tiempo!

Elisa. No se ande V. en bromas....entro?

Sargento. Es Elisa!... Y ha tenido valor para detenerla?

Valdés. ¡Voto al santo cielo!... Le parece á V. que sino fuera por cumplir con mi deber, dejara de mandarla entrar á paso de carga, hasta que mis narices tropezaran con la suyas?

(El sargento introduce á Elisa por la mano, despues de poner su fusil en el armario. Todos los demás dejan las armas, y vuelven á ocupar sus puestos, menos los jugadores que se sientan junto al fuego.)

ESCENA SEGUNDA.

LA NOVIA DEL SARGENTO.

Elisa. ¡Jesus!.... qué centinela tan brusco!

Valdés. Eso será por de fuera, prenda mía; pero interiormente.... es cosa muy distinta! En viendo yo una chica... vervi-gracia... créalo V.: me pongo mas tierno que una breva. (Aparte) Qué abrazo te diera el hijo de mi madre sino estuviese aquí el sargento!

Sargento. ¡¡áganse las paces.

Valdés. ¡Las paces! ha dicho V. las paces?... vengo en ello de mil amores; y para que esta niña que, siendo yo el agraviado, no le guardo un tantito así de rencor.... (Se dirige á darle un beso, y al bajar la cara, le dá Elisa una bofetada tan tremenda que se oyó su chasquido lo menos á media legua de distancia. El pobre hombre, encendido como una grana, se retiró paseando hasta la puerta,

arrimando su fusil á la cara, sin duda para templar con su frialdad el calor de su rostro, mientras los demas reian á carcajada tendida. A poco rato se volvió muy sereno y esclamó sonriendo: ¡Cáspita! y como se conoce que no leyó la ordenanza!

Cabo. Que es eso, muchacho?
Valdés. Una friolera!... levantar la mano á un centinela, y en tiempo de campaña!... Un consejo de guerra; un consejo de guerra sobre la marcha.
Sargento. A que la sentenciarias?
Valdés. A nada entre dos platos.... un besito en el paraje ofendido, y....
Elisa. Mas todavía!
Valdés. Toma, toma! hasta ahora no dije la mitad.... ¡Como la falta es tan pequeña...!
Elisa. Pues el beso, que se lo dé por mí el sargento,
Valdés. Y lo demas?... Pero, no señor, ni uno ni otro. Quien tal hizo que tal pague.
Sargento. Te conformas?
Valdés. Quite V. allá! quite V. allá con mil diablos! Jesus!... trasciende V. á macho desde treinta leguas! Vaya.... no dejaria de estar gracioso.
Sargento. Con que no?...
(Elisa y el Sargento se sientan en la tarima y hablan cariñosamente en voz baja)

Valdés. ¡Que picarillos, y como se fueron á un lado!... Hola! mi sargento!... si el teniente llega? ..No he de tenerles con sosiego en toda la noche.
Sargento. Que hora es?
Valdés. Muy cerca de las nueve.
Sargento. No vendrá tan pronto.
Elisa. Y aunque venga...?
Valdés. La calma me gusta!
Elisa. Que me haria?
Valdés. Nada.... antes de cinco minutos la pasaba por las armas.
Elisa. A mi?
Valdés. Presisamente.
Elisa. Y que mal le hice?
Valdés. Lo que es mal.... uinguno; pero...? se ha mirado V. alguna vez al espejo?
Sargento. No hagas caso de ese bárbaro.
Elisa. V. se chancea,
Valdés. Que disparate!... cuando le digo á V que es un tirador asombroso!
Elisa. De veras?
Sargento. Déjale y atiende ¿Para eso viniste aqui?
Elisa. Tienes razon (Siguen hablando los dos en voz baja)
Valdés. Ya se sabe... en poniendo el fusil á la cara... (Apunta con el fusil á Elisa) pun!... la pieza en el suelo.
Elisa. [Asustada] Dios mio!
Sargento. Bruto!
Valdés. Se asusta la señora...¿quién era capaz de pensarlo!... (Gritando.) Un poco de agua, un poco de agua al momento!.. Eh! ordenanza!.. voto á sanes! durmiendo como si estuviera en su cama!!
Sargento. Pero, hombre...
Valdés. (Sin hacer caso) Muchacho!... ni por esas. Mucha!...
Sargento. Callarás algun dia?
Valdés. Por vida de... ¿estar yo de centinela!... Quétele V. el pañuelo, mi sargento. Desabróchele V. el vestido.... al fresco, al fresco con ella.
(Continuará.)

BOLETIN ESTRANGERO.

Acaba de estrenarse en el teatro francés un drama en cinco actos y en verso original de M. Victor Séjour y titulado *Diegarias*. La accion pasa en España. Diegarias es primer ministro de Enrique rey de Castilla, su privanza no tiene límites: de nada se cuida el rey sino de tener dinero para darse buena vida y divertirse en la caza. Fuera Diegarias un hombre y ministro venturoso á no tener una hija, llamada doña Inés, á quien seduce un don Juan, sugeto de poca valia, bajo la farsa de un matrimonio secreto en que un criado suyo hace de sacerdote. Diegarias lo ignora todo, mas tiempo llegará de que lo sepa, porque guarda á don Juan un encono hereditario, y dice un dia á su hija. «Quiero vengarme de don Juan y colgarle en una horca para satisfacer un ultraje que recibí en otros tiempos de su padre»—No le mateis, dice Inés, soy su esposa.» de esto á descubrir la farsa del casamiento no hay mas que un paso. Una insolente carta escrita por don Juan á otro jóven de su estofa lo pone todo en claro. Inés se desespera: Diegarias sorprende á don Juan y le coloca en la alternativa de dar la mano á Inés ó de ser cosido á puñaladas por un esbirro. Don Juan toma un tono fanfarron hasta lo sumo, y dice—Prefiero la muerte.—Entonces Diegarias hace una reflexion juiciosísima, á saber, que es mas conveniente para un primer ministro castigar al reo que asesinarle. Pide al rey justicia. Enrique no estima á don Juan y aun tiene sospechas de que se halla al frente de una conspiracion contra su real persona: manda en su consecuencia que encierren á don Juan en un calabozo y le condena á muerte por delito de falsedad y soborno. Diegarias toca ya el término de su venganza; mas ya verán Vds de que modo se le vuelve la criada respondona,

En un abrir y cerrar de ojos varia de aspecto su fortuna, pues resulta no llamarse Diegarias sino Jacob Eliacin, y es judio; bajo tal concepto fué sorprendido años antes por el padre de D. Juan en una aventura amorosa y mandó que le azotasen sus criados. De aqui el encono contra su hijo. ¿Como llegó á ocupar el primer punto del Estado un individuo de tan baja ralea? Se ignora. Es lo cierto que nadie sospecha que se esconda el judio bajo la capa del primer ministro, si se exceptua un carchele, que, empleado diversas veces por Diegarias en servicios secretos, ha encontrado el hilo de tan extraña aventura. Cabalmente Diegarias comete la imprudencia de malquistarse con su confidente, y este se lo cuenta todo á D. Juan á quien semejante indiscrecion le viene como de perilla.

Con efecto cuando el rey estrecha al seductor para que repare la honra de Diegarias casándose con Inés como la iglesia manda, contesta imperturbable. Yo no puedo casarme con la hija de un judio ¡Cómo! ¿Un judio? gritan por todas partes: el rey y su corte retroceden de espanto: don Juan no cabe en sí de gozo. Diegarias recuerda sus pasados servicios; todo en vano: Enrique le despide de su palacio ignominiosamente. Diegarias se retira con su hija á una sombría morada: allí vive con su resentimiento y procura imaginar cómo se vengaria de don Juan y del soberano: no se hace la ocasion aguardar mucho. Enrique se halla en grandes apuros porque solo la destreza de Diegarias podia subvenir á sus locos gastos. Vá, pues, á buscarle misteriosamente. — Dame dinero, le dice. — Sí, responde el otro mas con la condición de que mandes ahorcar á don Juan. Dando Inés oídos solo á

su amor seduce al carcelero, y don Juan se evade, mas al volver una esquina cae en manos del verdugo y acaba su existencia: Diegarias se regocija, Inés se desespera. Ya no le falta al judio mas que vengarse del monarca: para conseguirlo se pone á la cabeza de la conspiracion urdida por don Juan: esta camina viento en popa, y aun tiene trazas de salir triunfante; mas al fin aborta: Diegarias se vé cogido en sus propias redes, y no le queda otro recurso que el de morir de dolor sobre el cuerpo inanimado de su hija Inés, que acaba de beber un veneno. En suma, de cuatro personajes mueren tres en este drama.

Nos parece que es imposible dar cabida en los estrechos límites de una composicion dramática á semejante cúmulo de desatinos: al fin con poner la escena en nuestro pais ha salido del paso M. Victor. ¿Qué entenderá el mozo de la historia de España? Está visto, en todas partes cuecen habas, y lo decimos porque concluida la representacion de tan pésima obra, fué el autor llamado á las tablas al compás de numerosos aplausos.

VARIEDADES.

DICCIONARIO

ITALIANO-ESPAÑOL Y ESPAÑOL-ITALIANO,

EL UNICO COMPLETO QUE SE HA PUBLICADO HASTA EL DIA.

REDACTADO

POR MARTINEZ DEL ROMERO,

Sumamente notable habia sido hasta ahora la falta de un *Diccionario* como el que se anuncia, y tal que llenase los deseos de los literatos asi nacionales como extranjeros, que siempre lo han estado echando de menos. Los dos pequeños *Diccionario italo-hispanos* que se conocen, á su pequeñísima extension y reducido número de dicciones, reúnen la particular circunstancia de estar muchas de ellas mal definidas; y era inútil, cuando no perjudicial, el consultarlos á veces, pues en algunas de las palabras fijan una correspondencia que no tienen, con lo cual esponen al traductor á que haga versiones inexactas, ó á que deje de entender un pasaje difícil.

Conociendo el editor de la presente obra cuán necesario era llenar este vacío en la literatura, no ha vacilado en publicarla, á pesar de los grandes gastos que tiene que hacer para conseguirlo; pero está seguro de merecer por ello la gratitud de los hombres estudiosos, confiando, con justicia en que los conocimientos literarios y lingüísticos del Sr. Martinez del Romero, darán á su produccion todo el sello de bonidad necesario para que sea acogida con aprecio.

Esta obra se publica por entregas de 48 páginas en 8.º mayor francés, de buen papel y tipos nuevos.

El precio de cada cuaderno será por suscripcion á 3 rs. cada uno en Madrid y 4 en las provincias, franco de porte.—Cada mes se dará un cuaderno y algunos meses dos — Después de publicado el último cuaderno se venderá á 240 rs. el ejemplar, que serán dos tomos voluminosos. En todos los puntos de suscripcion habrá un ejemplar de muestra.

Los suscritores pueden pasar á recoger la tercera entrega y adelantar el importe de la cuarta á la libreria de su editor, Don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8.

TEATROS.

DE LA CRUZ.

A las ocho y media de la noche. el drama nuevo, en cinco actos, titulado: DON JUAN DE AUSTRIA. Terminará el espectáculo con baile nacional.

DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funcion.

DEL CIRCO.

Funcion para mañana jueves, á las ocho y media de la noche: LA FAVORITA, ópera en cuatro actos.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas núm. 8.